
José L. Sequeiros Tizón ()*

*La ruptura de la homogeneidad
campesina y la emergencia de nuevas
identidades en Galicia*

1. ALGUNAS NOTAS SOBRE LA IDENTIDAD

Tocar el tema de la identidad es aventurarse en un campo de lindes muy difusos e incluso contradictorios. El término más parece un enorme cajón de sastre, en el que puede encontrarse cualquier cosa —pero en el que nunca se tiene la certeza de qué es lo que se encontrará— que un concepto claro y distinto. Como tal, por sus fuertes adherencias psicológicas y antropológicas, es de problemática aplicación en sociología. No es de extrañar, por ello, que en la práctica totalidad de los diccionarios de Sociología no se halle contemplado este concepto.

De hecho, en los estudios al respecto, el término se utiliza con frecuencia como símil de estructura de roles (E. Goffman, 1959, 1972) y, en otros, como jerarquía de valores (G. Devereux, 1980). En su origen, es un concepto con el que se pretende captar un sentimiento subjetivo individual, de mismidad (E. Erikson, 1962), aunque algunos autores intuyan que ese sentimiento pueda ser compartido por una colectividad, por un grupo humano en el que se hayan desarrollado a lo largo del tiempo fuertes solidaridades internas. La puerta abierta a su aplicación sobre sujetos colectivos existe, aún cuando se haya franqueado sólo en contadas ocasiones.

(*) Universidad de Santiago.

— Agricultura y Sociedad n.º 51 (Abril-Junio 1989)

Como hecho individual y social, la identidad es profundamente contradictoria. Un yo individual posee identidad en la medida en que se niega como tal y asume como propio lo ajeno, lo grupal. En ese proceso de negación del yo potencial y su inmersión en el yo colectivo radica la propia existencia de aquél.

Desde esa perspectiva, identidad es el sentimiento —cuestión subjetiva— de pertenencia a un grupo —cuestión objetiva—, de ser solidario con su pasado y de comunión con su destino. En ese sentirse, el sujeto individual se niega y se realiza al mismo tiempo en el yo colectivo, ya que es este último el que le permite crear, y recrear en su actividad, un ser con sentido. La identidad, por tanto, nos remite directamente a un conjunto de variables todas ellas pertenecientes al campo de lo expresivo (G. Devereux), pero que se erigen sobre su ser social (E. Goffman), esto es, sobre su pasado —sus interpretaciones de él— y sobre sus intuiciones colectivas de futuro. Tener identidad, cualquier identidad, no es solamente ser, es sentirse; no es hacer, es también representar.

Un enfoque con una virtualidad sociológica más amplia es el de concebir la identidad, tal como hacen M. Weber o A. Touraine, como el resultado no previsto de la trama de intereses compartidos que vinculan y cohesionan a los miembros de un grupo y que le permiten, a la postre, adquirir coherencia en la acción. De esta manera, se pueden marginar —aunque no excluir— las dimensiones individuales, o de carácter micro, que en las perspectivas anteriores ocupan un lugar central, y fijar la atención, por el contrario, en los procesos sociales que históricamente predeterminan y conforman las identidades. Así, la trama compartida, producto de una similar situación social, es la que permite que cada uno de los miembros del grupo, y a éste como agregado, cobre conciencia de la existencia de un «nosotros» históricamente trascendente. Y, como corolario, de un «ellos» con el cual se pueden sostener relaciones de cooperación y/o confrontación. De ahí la problematicidad de este concepto: en él se funden lo individual y lo colectivo y se confunden lo deseado y lo impuesto.

2. IDENTIDAD Y DIFERENCIACION SOCIAL

En un paisaje en el que impera la producción de bienes de uso y no de mercancías, y en el que la aprehensión del entorno social y natural se lleva a cabo mediante valores y normas marcadamente tradicionales, la identidad grupal se forma y reforma a través de la actividad productiva. Ahora bien, esa actividad, en la que se encubre y armoniza no sólo una forma de domeñar a la naturaleza (una actividad productiva en sentido estricto), sino también una forma de vivir y de convivir, posee caracteres de globalidad y, en esa medida, los asume la identidad. El campesino pequeño propietario, a través de referentes de identidad negativos (A. Muchielli, 1986), se percibe a sí mismo como parte de un colectivo internamente homogéneo, cuya característica constituyente le viene impuesta desde el exterior; como tal grupo, no sólo se halla fuera del «centro» social (L. Milbrath, 1965), sino que se le impide, cuando no se le veta, rechazar su localización periférica y alcanzar como colectivo una ubicación más cercana a las zonas centrales de la sociedad.

En un mundo en el que, como pensaba M. Weber, la racionalidad burocrática se impone sobre los individuos y se apodera de esferas cada vez más amplias de la realidad social, la contumacia del pequeño propietario agrícola en sostener comportamientos en los que aquélla se niega, constituye el centro mismo de la matriz de sentido en la que se asienta y reproduce su status social de subordinación. Como afirma E. Wolf (1978), un campesino es —y cabría añadir que se siente como tal, es decir, cobra identidad grupal— en tanto se ve impelido a mantener relaciones de subordinación respecto a terceros. Situación social e identidad grupal, idea acariciada ya por E. Horkheimer, sostienen un apasionado idilio.

La identidad del campesino desvinculado de las redes del mercado se sostiene sobre una actividad compartida y se aposenta sobre la generalizada conciencia de secundariedad social, de constituir objetos colectivos de dominación. Dos notas distintivas que globalizan la identidad y dificultan el surgimiento de identidades parciales que pudiesen, con el tiempo, diferenciarse y

eventualmente entrar en conflicto. El campesino no concibe, ni siquiera inicialmente, la posibilidad de identidades parciales fundamentales sobre referentes concretos; no percibe diferencias entre el pequeño propietario, cuya producción principal son viñedos, y aquel que se inclina hacia el maíz (1). La pequeña propiedad y el policultivo de subsistencia cercenan de raíz dicha posibilidad. Como grupo, se tienen como internamente homogéneos y, hasta hace bien poco, efectivamente lo eran. Todas las células domésticas se hallaban igualadas con el mismo rasero de pobreza: el del minifundio de subsistencia. Ser campesino, y tenerse por tal, era producto de una matriz global, era resultado de una forma de vida.

En un momento —del cual son perfectamente conscientes— en el que las solidaridades mecánicas están dejando paso a las orgánicas y en el que la producción de bienes de cambio sustituye paulatinamente a la de bienes de uso, los esquemas normativos por los que se habían regido pierden rápidamente vigencia, los baremos mediante los que se legitimaba la desigualdad y se atribuía valor a las cosas y a los comportamientos pierden coactividad y los referentes de acción socialmente sancionados se tornan nebulosos. Comienza a producirse lo que E. Erikson denomina «pánico de identidad», resultado, a su vez, de un generalizado proceso de anomía. Las viejas generaciones desconocen en qué valores educar a su prole, qué normas inculcarles. La respuesta a esta situación, en ocasiones, es creativa, pero lo normal es que sea negativa (el abandono, aunque cabría decir huida, de las mujeres jóvenes, lo que está produciendo un déficit que amenaza con asestar el golpe de gracia a la desfallecida vitalidad demográfica de los espacios agrarios) e incluso radicalmente negativa; en el campo gallego, el índice de suicidios de ancianos experimentó un alarmante crecimiento en el transcurso de las dos últimas décadas, fruto de la soledad y de la inadecuación de valores.

(1) Las afirmaciones que se efectúan en estas páginas se basan en nueve entrevistas en profundidad y nueve reuniones de grupo, realizadas a agricultores y ganaderos de diversas zonas de Galicia, durante la primavera de 1988, como parte de una investigación más amplia que abarcaba al conjunto de la agricultura española y que fue financiada por el Instituto de Relaciones Agrarias.

Sin embargo, la respuesta más habitual es la de la inhibición, la de un cinismo —que algunos pretenden sabio— que está descargando sobre las espaldas de las generaciones jóvenes la responsabilidad de reordenar las formas de apropiarse del espacio (formas en las que la naturaleza se niega a reconocerse) y reinterpretar en claves novedosas las anquilosadas relaciones sociales. Se está produciendo, así, un fenómeno desconocido en la historia agraria de la región: el rejuvenecimiento masivo y voluntario de los jefes de explotación. Manifestación elíptica, pero clara, de la quiebra de una matriz de identidad, de una forma de concebir a la naturaleza y de poseerla.

3. LAS IDENTIDADES REFORMULADAS

Las estrategias de respuesta que acabamos de bosquejar se hallan inmersas en un proceso ambiguo, cuyas formas y cadencias son difícilmente anticipables. El campesino tradicional, que valora remotas las posibilidades de subirse al proceso de modernización en una posición ventajosa, de una manera con frecuencia no consciente, reinterpreta su lugar en el conjunto social, negando el futuro que vislumbra y revalorizando su pasado, muchas veces de forma fantástica. Se desarrollan así interpretaciones milenaristas de su posición social y tienen cabida discursos fatalistas. Como apuntamos, esa negación del futuro entrevisto exige una relectura del pasado —que permita situarse en el presente— en el que sus contornos negativos, que permanecen aún vívidos en la memoria colectiva, se difuminan, emergiendo con vigor un recuerdo mitificado de la armonía primigenia, perdida en no se sabe qué recovecos de la Historia. En esta reinterpretación se ve ayudado por formaciones políticas y grupos sindicales de carácter nacionalista que, con un discurso descarnadamente maniqueo, identifican su situación personal —familiar— de privación con la colectiva —regional— de atraso. De esta forma, la identidad en crisis se reformula apelando a uno de los pocos asideros seguros que todavía le restan, el de la identidad etnoterritorial que se tiene como mancillada.

Los procesos a los que estoy haciendo referencia se desarrollan

con intensidad a partir del Plan de Estabilización de 1959, aún cuando sus gérmenes había que situarlos mucho antes, en el momento en el que el modelo secular sobre el que se había estructurado la sociedad gallega comienza a mostrar sus primeros síntomas de agotamiento, esto es, en el último tercio del siglo pasado, en el que se producen las primeras grandes migraciones transoceánicas. Pero es a partir de los años sesenta en los que aquel germen, antes larvado, se desarrolla en plenitud. El factor desencadenante fue la progresiva conexión de la explotación familiar —de un número socialmente reseñable— a las redes del mercado (J. Colino, 1984. J. G. Sequeiros, 1986). A través de esta imbricación se quebró definitivamente la homogeneidad de este segmento —por aquel entonces, elevada ya a categoría de mito— e hicieron su aparición en el paisaje agrario lógicas económicas y organizativas, normas sociales y expectativas de acción hasta entonces desconocidas. La forma de vida campesina, como basamento de su identidad, se ve cuestionada con la diferenciación interna y con el desarrollo de identidades parciales sustentadas sobre la profesión. La identidad global se ve sustituida por diversas identidades parciales, hijas naturales de las distintas estrategias económicas y organizativas que se estaban gestando y poniendo en práctica en el interior de este segmento. A partir de los sesenta y, con mayor claridad, de los setenta, sectores cada vez más amplios comienzan a no reconocerse en la identidad campesina tradicional, reivindicando incluso (lo que pone de manifiesto la profundidad de la ruptura que se estaba produciendo) autodenominaciones colectivas en las que identificarse como grupo propio, diferentes a la de «campesino». Aparecen, así, «labrador» en un primer momento, y «agricultor» y/o «ganadero» con posterioridad (2).

En una sociedad que se caracteriza por su elevada homogeneidad interna, los referentes de identidad (A. Muchielli, 1986) son dependientes en grado sumo de la percepción que se elabore del alter y de la cualidad de las relaciones que lo vinculan a él. Ello es

(2) Necesidad de nuevas denominaciones que no es en absoluto privativa del propietario agrícola gallego conectado al mercado. Algo muy parecido ocurrió en ciertas zonas de Francia en la década de los sesenta, en las que tuvieron lugar procesos intensos y rápidos de modernización de la explotación familiar (vid. G. Allaire, 1987).

importante en la medida en que, en ciertos estadios, no es seguramente la existencia de un «nosotros» lo que permite y justifica la existencia de un «ellos», sino precisamente al revés. La percepción de los ajeno como distinto y plural da lugar a que se revele lo propio como homogéneo y único. Son momentos en los que la identidad se caracteriza por su negatividad: somos esto en tanto no somos aquéllo. Sin embargo, el horizonte cambia drásticamente cuando el alter pasa a formar parte del ego. Esto es, cuando la propia comunidad se halla en proceso de fragmentación, cuando la homogeneidad deja paso a la diversidad y ciertos subgrupos comienzan a mantener relaciones cualitativamente distintas con el alter.

La conciencia de un status de secundariedad social, que hasta aquel momento era suscitada por referentes externos a la comunidad local, pasa, pues, a instalarse dentro del segmento mismo. El campesino comienza a percibir la diferenciación interna y el surgimiento en su seno de grupos (de referencia positiva, en el caso de los agricultores modernizados, conectados —o en trance de estarlo— con el mercado) que suponen un espejo en el cual mirarse de una forma no estatuida socialmente. En ese mirarse, que conlleva el repensarse ante la imagen —imprevista— que se refleja, sectores amplios del campesinado cayeron en la situación anómica a la que antes aludimos.

El profundo proceso de cambio social, de quiebra y diferenciación interna que está viviendo la sociedad agraria gallega, no responde únicamente, y ni siquiera en primer lugar, a la modificación de los parámetros que tradicionalmente la conformaron (J. Pérez Vilariño, J. L. Sequeiros, 1982), con ser, efectivamente, está siendo de unas proporciones desconocidas con anterioridad. Un ejemplo de ello, y se podrían ofrecer muchos, es la reorientación de la producción lechera; mientras en el año 1981 el 26,6 % de la leche (301 millones de litros) producida en Galicia se consumía en la propia explotación y, por lo tanto, no entraba en los circuitos comerciales, seis años más tarde, y pese a haberse incrementado la producción total en casi un veinte por ciento, la consumida en la explotación disminuye en volumen absoluto (289 millones de litros) representando solamente el 19,2 % (Series Estadísticas de

Galicia, n.º 3; marzo 1988). Esto es, el incremento productivo de estos años, y algo más, se ha orientado íntegramente hacia el mercado. Sin embargo, el entorno físico y social continúa reconociéndose todavía en los grandes rasgos del de antaño. Ciertamente, en el transcurso de las décadas de los sesenta y setenta desaparecieron en torno a cuatro millones de parcelas de las más de nueve millones y medio que había al comienzo del período (3). Pero, pese a ello, el minifundio y el policultivo siguen quebrando el paisaje una y otra vez.

El proceso de modernización es resultado, al margen de lo señalado anteriormente, no tanto de transformaciones estructurales profundas, con ser importantes, como de la introducción de dosis cada vez más elevadas de racionalidad instrumental entre sectores crecientes del campesinado. Dicho de otra manera, es debido a la asunción de formas novedosas de pensar en el conjunto de la actividad y de organizar el trabajo, de apropiarse, en suma, de la naturaleza y de relacionarse con los demás. Sus causas habrán de ser buscadas en el agotamiento de un modelo secular de ordenar el trabajo y de estructurar las relaciones sociales, en el amplio proceso de rejuvenecimiento de los jefes de explotación, que pone al frente de las mismas a sujetos desligados en gran parte de las ataduras de una mentalidad y de un código normativo tradicional, en el incremento del nivel cultural medio y, de manera especial, en la actuación de los distintos organismos dependientes de la Administración con responsabilidades en la agricultura. A través de sus ayudas, normativas y actuaciones, han ido definiendo el perfil de la explotación y el tipo de agricultor deseado, relegando a la marginalidad económica y social a aquellos que no querían o

(3) Tal como ponen de relieve la mayoría de los estudiosos, el proceso de cambio social es contradictorio, revelando de forma constante «efectos no previstos» (R. K. Merton, 1984) «ex ante». Así, el notable incremento en el número de kilómetros de pistas abiertas en estos últimos años, muchos de ellos con ayudas del FEDER, cuyo propósito explícito era favorecer la concentración de la propiedad propiciando la introducción de maquinaria, puede estar teniendo efectos contrarios a los esperados. En tanto el campesinado ve facilitado el acceso a gran parte de sus parcelas (según datos del Censo Agrario de 1982 cada explotación se componía de 15,1 parcelas), la tendencia a la concentración puede estarse viendo desincentivada. De hecho, están comenzando a escucharse voces en contra del «excesivo» número de pistas, y es importante señalarlo, en boca de los representantes de la agricultura más moderna.

no podían adaptarse. El mercado, por último, organizó de una manera diferente (desordenando, para ello, los usos refrendados por la tradición) el tejido social y productivo, en una línea complementaria a la propugnada por la Administración. La identidad campesina, hasta entonces basada en una forma de vida, se ve negada en el transcurso de este proceso por algunos grupos, cada año más numerosos, que comienzan a cobrar conciencia diferencial a través de la profesión.

La identidad en trance de formulación se ve reforzada en tanto se plasma en ciertas variables socialmente muy visibles. Entre otras, el sexo, la edad y el bagaje de estudios. La agricultura tradicional orientada al autoconsumo es, cada vez más, un espacio femenino, de gente de edad avanzada y de escaso nivel de estudios, con conocimientos basados en el aprendizaje oral. La agricultura conectada al mercado pertenece, por el contrario, a grupos sociales que están viviendo la tercera o cuarta década de sus vidas, de sexo preferentemente masculino y que tienen terminados los estudios de EGB y, con frecuencia, de FP.

Las consecuencias de estos procesos pueden observarse con claridad en tres dimensiones especialmente importantes: en la reivindicación de autodenominaciones colectivas distintas, a lo que ya hice referencia, en las pautas diferenciales de su comportamiento electoral y en las formas novedosas de relacionarse con la tierra que estos segmentos ponen de manifiesto. Tan pronto como el campesino toma la senda de la profesionalización, que presupone una importante conexión previa a las redes del mercado, las bases sobre las que se erigía su parroquialismo político comienzan sosegadamente a desmoronarse. La profesionalización le exige dosis cada vez más elevadas de racionalidad instrumental que, a la postre, terminan por arrancarle el velo que le dificultaba una aprehensión medianamente clara del discurso político nacional. Lentamente, y de manera no lineal, va horadando las paredes del parroquialismo, sintiéndose socialmente legitimado para tener y expresar opiniones sobre el campo político. De esta forma, por la misma puerta por la que entra la conexión al mercado y la identidad fundada sobre la profesión, sale la marginación —o automarginación— del discurrir del conjunto social. La desposesión

de recursos económicos, culturales y simbólicos que deslegitimaba socialmente al campesino tradicional para tener voz y hacerla oír constituye, para estos grupos, sólo un recuerdo que se intenta olvidar, cuando no negar.

Y ello es así porque, de resultas de su conexión al mercado, lo que acontezca en el conjunto del sistema social, tarde o temprano termina interfiriendo en su vida cotidiana. De esta manera, los perfiles acusadamente arcanos de los que hasta hace bien poco se veía subjetivamente revestido el sistema político comienzan a adquirir claridad, a cobrar sentido. El agricultor, a través de las claves interpretativas que le proporciona el mercado, empieza a comprender y evaluar cuál es su posición en el conjunto social, cuál o cuáles formaciones políticas dan adecuada cabida a sus intereses y cuál ha de ser, por lo tanto, su estrategia. En los espacios agrícolas en los que la conexión al mercado es una realidad, el abanico de voto es, con mucho, más diversificado y se participa en las consultas electorales de una manera más amplia y sostenida. En éstos son necesarias cuatro formaciones políticas para abarcar el setenta y cinco por ciento de los sufragios, mientras que en aquellos que continúan atados al autoconsumo son suficientes dos, y en casos nada infrecuentes una sola. Por poner un ejemplo, la UCD, durante la etapa en que gobernó, tenía un índice de variación de voto de 0,22 en las zonas de agricultura marginal, mientras que en aquellas que se hallaban conectadas al mercado dicho índice ascendía a 0,39.

Asimismo, la tierra, bien no económico en tanto que en ella se aposentaba una forma de vida, se establecían las cadencias laborales, sociales y simbólicas de la comunidad y en la que, por ello, se hallaba enraizada la identidad colectiva, pasa a convertirse en un simple medio para lograr fines que van más allá, o más acá, de su mera perpetuación. La tierra es hoy, para los agricultores con identidad profesional, un bien económico con el cual, como con cualquier otro bien, se puede y se debe traficar. Su discurso al respecto es claro y clama contra la consideración de la tierra como un bien del conjunto del grupo doméstico y, como tal, inalienable. Para los integrantes de este grupo, por el contrario, la tierra es, o

debería ser, de quien pueda trabajarla y pagarla (4). Así, tuvimos ocasión de escuchar en las reuniones de grupo a las que hice referencia como más de uno de los presentes se lamentaba en tono airado de la actual fragmentación de la propiedad, exigiendo que se crease un amplio mercado de tierras, «manu militari» si fuese preciso. Estas proclamas merecían sistemáticamente una general y ruidosa aquiescencia.

Por todo ello, su conceptualización del tiempo ya no se encuentra reglada por la pausada sucesión de los ciclos impuestos por la naturaleza, de las ceremonias sociales establecidas por la tradición ni por las diferentes etapas de la vida. El tiempo pasa a medirse en horas o días, desnudo de toda referencia a una cosmovisión trascendente. Como la consideración del dinero que, al igual que la tierra, pasa a ser un medio y no un fin, se convierte en algo captable y valorable mediante partidas contables. En suma, la actividad productiva ya no constituye el centro de un concepto global de existencia, en la que se incardinaban más o menos armónicamente los restantes quehaceres de una vida digna, se atribuía valor a las cosas y se legitimaba socialmente la desigualdad.

Como he apuntado con antelación, en la percepción del «nosotros» por parte del campesinado autosuficiente juega un papel descollante la conciencia de secundariedad social, asumida a través de la asimilación, dolorosa, de imágenes y valoraciones cuyo origen se halla en el exterior de la comunidad local. Históricamente, los costes individuales y grupales derivados de esa extrañeza en la mismidad, de ese mirarse con ojos ajenos, se vieron atemperados por el bálsamo de la generalizada homogeneidad de status. Era previsible, y así lo adelantaron ciertos autores, que al quebrarse internamente esta sociedad y surgir la diferenciación (y, por ello, las imágenes y valoraciones sobre las que se erige y se reproduce la secundariedad pasan a tener ahora, en gran medida, un origen

(4) Debido a las formas consuetudinarias de heredad y a la carga simbólica que porta la propiedad, las tierras más productivas y mejor situadas se hallan en manos de personas que, por su edad, se ven incapacitadas para trabajarlas. Pero no por ello salen al mercado. La tierra es el «locus» de un apellido, el solar de comunión con los antepasados y, como tal, no tiene precio.

endógeno), las consecuencias sociales podrían ser dramáticas. Y lo están siendo, en efecto, aunque menos de lo que se temía. Ello es así porque el pequeño propietario no concibe ni, por lo tanto, percibe el cambio que se está operando como producto de la actuación consciente de grupos sociales, sino como el resultado fatal de una lógica transcendente, histórica: en su percepción, lo que cambia y se moderniza son espacios físicos, zonas geográficas delimitadas. El por qué unos espacios cambian y otros no responde, en su concepción, a una lógica arcana, imprevisible. En ningún caso a la actuación premeditada del hombre o de grupos sociales. De esta forma, descarga sus hombros de la responsabilidad de explicar y explicarse la situación de atraso comparativo que padece, ahora ya en relación a otros agricultores. Cuando se ve impelido, por la razón que sea, a hacerlo, tienen lugar los razonamientos milenaristas a los que me he referido. Es en este contexto, complejo y cambiante, en el que se produce la integración española en la Comunidad Europea.

4. EUROPA COMO ENTORNO

Numerosas veces se ha definido a Europa como una realidad social compleja, suma y, al mismo tiempo, resumen de agregados de identidad parcial que se integran, en tanto son originarios, en una matriz histórica común. Como tal, incluso en el plano subjetivo de sus ciudadanos, es un fenómeno contradictorio, vivido y pensado desasosegadamente, pues cuestiona la fuerza y, a más largo plazo, la misma supervivencia del Estado nacional, construcción mental y realidad histórico-jurídica fuente de gran parte de las identidades colectivas de los diferentes pueblos que habitan el continente. En gran medida se «es» socialmente en tanto se forma parte de una entidad estatal.

Las normativas emanadas de la Comunidad constituyen un intento de organizar esa diversidad y de armonizar las identidades parciales que forman el esqueleto de Europa con los intereses grupales, con frecuencia conflictivos, que de ellas se derivan. No obstante, esas normativas —y en concreto la PAC, como política

más importante de la CE— no sólo establecen el marco que debe regir la actividad productiva en sentido amplio, sino que porta asimismo un dibujo, tosco si se quiere, de lo que se pretende que sea la agricultura europea en un futuro y de qué tipo de agricultores pueden llevarla a cabo. En ese sentido, responde a un proyecto a largo plazo de instauración de formas complejas de racionalidad instrumental.

Como es generalmente admitido, la PAC es mucho más que una mera política económica; supone el diseño de un tipo determinado de sociedad agraria. Las estrategias puestas en práctica por ciertos subgrupos de los agricultores gallegos en los últimos quince años, aún cuando no se viesan motivadas por el deseo de adecuarse a las directrices globales de la PAC, permiten que ya hoy en día se integren de manera relativamente armónica en ese proyecto de sociedad. Son agricultores cuyas explotaciones, formas de gestión y comercialización, las calidades que obtienen en sus producciones e, incluso, las categorías mentales que utilizan, derivan de un elevado grado de profesionalización.

Sin embargo este grupo se halla en una situación económica y socialmente comprometida, fruto de cómo inició y transitó por la senda de la modernización, que, hasta el momento, no ha supuesto cambios profundos en los grandes trazos de la estructura de propiedad. Manteniéndose dentro del estrecho marco establecido por el minifundio han hecho casi todo lo que económica y técnicamente era posible. De ahí su empeño en la introducción de formas novedosas de trabajo, organización y gestión: se ha roturado y puesto a pasto monte bajo, se ha incrementado la utilización de insumos industriales, se han constituido gran número de cooperativas de producción y, en menor medida, de distribución, se ha actuado sobre la selección del ganado y la higiene de los establos, de tal manera que, con frecuencia, las bestias viven en mejores condiciones y reciben más cuidados que los propios hombres.

Pero en los tramos finales del camino vuelven a encontrarse con el problema de la pequeña propiedad, cuestión que durante cierto tiempo creyeron obviada. Su discurso, de una forma

explícita, pone el acento en este problema, ante el cual no saben como reaccionar ya que son conscientes de que, cuestionando esta forma de tenencia, están cuestionando, de hecho, el conjunto del orden recibido. Europa, así, constituye la posibilidad de instaurar la racionalidad que ellos se sienten incapaces de imponer, esto es, de romper el corsé del minifundio

Para aquellos que continúan atados al autoconsumo o que mantienen con el mercado relaciones esporádicas y fragmentarias, la lógica, generalmente desconocida, que les viene impuesta desde el exterior de la comunidad local (la necesidad, por ejemplo, de llevar la contabilidad de la explotación, de cuantificar y valorar los diferentes momentos del proceso productivo, que para ellos constituye una unidad irreducible y no fragmentable), la inseguridad sobre el futuro generacional de la explotación, la ambigüedad a la que da lugar la caída y emergencia de nuevos valores (o, simplemente, la relectura de ciertos valores tradicionales), les sitúan en una posición socialmente delicada y económicamente insostenible. Son grupos abocados a la marginalidad.

Bibliografía

- ALLAIRE, G. (1987): *Les agriculteurs, la politique agricole, l'identité professionnelle*. Rapport n.º 504. AFSP. París.
- Centro de Información Estadística. Consellería de Economía e Facenda (marzo 1988): *Series Estadísticas de Galicia*. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.
- COLINO, J. (1984): *La integración de la agricultura gallega en el capitalismo*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios. Madrid.
- DEVEREUX, G. (1980): *De l'angoisse à la méthode dans les sciences du comportement*. Flammarion. París.
- FRIKSON, E. (1962): *Identidad, juventud y crisis*. Paidós. Buenos Aires.
- GOFFMAN, E. (1959): *The presentation of self in everyday life*. Doubleday. Nueva York (hay traducción castellana en Amorrortu).
- GOFFMAN, E. (1972): *Strategic interaction*. Ballantine Books. Nueva York.
-

- MERTON, R. (1984): *Teoría y estructura sociales*. FCE. México.
- MILBRATH, L. (1965): *Political participation*. Rand McNally. Chicago.
- MUCHIELLI, A. (1986): *Les identités*. PUF. París.
- PÉREZ VILARIÑO, J. y SEQUEIROS, J. L. (1982): «Parámetros y procesos básicos de la sociedad gallega», en *Revista Internacional de Sociología*, n.º 44. Madrid.
- SEQUEIROS, J. G. (1986): *El desarrollo económico en Galicia I. Agricultura y mercado interior*. Departamento de Publicaciones de la Universidad de Santiago. Santiago de Compostela.
- WOLF, E. (1978): *Los campesinos*. Labor. Barcelona.

RESUMEN

El proceso de profesionalización de franjas crecientes del campesinado gallego está produciendo una profunda crisis en la identidad grupal de este segmento social. La quiebra de la identidad basada sobre una forma de vida y su sustitución, progresiva y contradictoria, por identidades parciales erigidas sobre la profesión responde a corrientes de fondo que comienzan a operar en el paisaje social gallego al comienzo de la década de los sesenta y que, a la postre, suponen la redefinición en términos histórica y culturalmente novedosos de qué es ser campesino.

Estos procesos maduran en un momento en el que España se integra en la Comunidad Europea y, por lo tanto, pasa a ser objeto del diseño de sociedad que, en germen, se halla dibujada en la PAC. Los procesos, inicialmente de origen endógeno, que tienen lugar en Galicia, serán reforzados por la aplicación de esa política, viéndose favorecidos ciertos grupos que están asumiendo una incipiente identidad profesional, mientras otros, atados todavía a una identidad tradicional, se verán abocados a la marginalidad social.

RÉSUMÉ

Le processus de professionnalisation de franges croissantes de paysans galiciens est en train de produire une crise profonde dans l'identité de groupe de ce segment social. La brisure de l'identité fondée sur une forme de vie donnée, et sa substitution, progressive et contradictoire, par des identités partielles basées sur la profession, répondent à des courants de fond qui commencent à se manifester dans le paysage social galicien dès le début des années soixante et qui, en fin de compte, exigent une redéfinition du paysan en termes nouveaux, du point de vue historique et culturel.

Ce processus arrive à maturation au moment où l'Espagne entre dans la Communauté européenne et où, par conséquent, il y est introduit la conception de la société déjà ébauchée dans la PAC. Le processus, initialement d'origine endogène, qui se produit en Galice, se trouve renforcé par l'application de cette politique, et certains groupes qui assument un début d'identité professionnelle s'en trouveront favorisés, tandis que d'autres, entravés encore par l'identité traditionnelle, souffriront fatalement d'une marginalité sociale.

SUMMARY

The professionalization process of growing segments of Galician peasantry is producing a deep crisis in the group identity of this social group. The break of an identity based on a way of life and its progressive and conflicting substitution by partial identities built on the profession is due to bottom currents beginning to operate in the Galician social landscape early in the seventies and which, in the end, entail a redefinition of the peasant condition in historically and culturally new terms.

These processes mature at a time when Spain becomes a part of the European Community and, therefore, must accommodate to the design of society outlined in the CAP. The processes, initially endogenous in origin, taking place in Galicia will be reinforced by the application of that policy, which will favor certain groups which are assuming an incipient professional identity, while others, still tied to a traditional identity, will be led to social marginality.

